

A MI PARECER

Tres jesuitas responden al padre Divarkar. Muy diferentes por el tipo de trabajo apostólico que desempeñan y por su lugar de residencia, se asemejan en el descubrimiento de cuestiones radicales en el artículo. El padre Schineller, que escribe desde Nigeria, relaciona la fe que hace justicia y la distinción del padre Divarkar entre espiritualidad ignaciana y espiritualidad jesuita y se pregunta si podríamos encontrar una diferencia radical entre la espiritualidad de los Ejercicios (centrada en el individuo) y la espiritualidad de las Constituciones (centrada en el servicio al otro). El padre Jean-Guy Saint-Arnaud escribe desde Quebec. El explica brevemente cómo entendemos la espiritualidad, luego se expresa en el sentido de la convicción del padre Divarkar según la cual lealtad y obediencia al Otro Absoluto radicalizan una indiferencia que se traduce en celo apostólico. El padre L. Orlando Torres, que respira el nuevo espíritu de maestro de novicios, escribe desde Puerto Rico. Para él la obediencia leal relaciona nuestro deseo humano con el deseo divino.

Observaciones y preguntas que hacen surgir más preguntas

El padre Parmananda Divarkar lleva una experiencia enorme, doctrina y energía en su amplio ensayo, "Lealtad ignaciana, obediencia jesuita." El propone a sus hermanos jesuitas algunas ideas guías, preciosas y útiles para mayor reflexión y exploración doctrinal.

◆ Primero: El título mismo del ensayo hace referencia a una diferenciación que hoy se hace regularmente entre lo que es ignaciano y lo que es jesuita. Más adelante en el ensayo, agrega una tercera diferenciación cuando escribe sobre "la diferencia, si hay" entre la espiritualidad ignaciana y la espiritualidad cristiana básica. Todas estas diferenciaciones producen una reflexión más. ◆ Segundo: A partir de su estudio de las fuentes ignacianas y de su conocimiento de Pablo, el Padre Divarkar ve una fuerte convergencia entre la visión paulina y la ignaciana de lo humano, en especial con respecto a la libertad. Aquí nuevamente, propone un desafío y una llamada a una investigación más amplia en los escritos de Ignacio para ver hasta qué punto se refiere de modo explícito o implícito a los escritos paulinos. ◆ Tercero: Hace notar cómo Ignacio, con Pablo, destacan que la llave para ser humanos no es la tendencia a la adquisición, a la que llama "egoísmo pío", sino la capacidad de ir más allá, de trascenderse a uno mismo. Hace falta exploración para entender cómo esta falta de amor hacia uno mismo se armoniza con una legítima cura hacia uno mismo, en acuerdo con una sólida psicología. ◆ Cuarto: El padre Divarkar presenta el desarrollo de la vida consagrada a lo largo de los siglos destacando cómo el énfasis pasó de uno a otro de los tres votos. En los primeros tiempos, según él, el celibato era la afirmación de la libertad espiritual; en la época medieval, la pobreza llegó a ser el camino hacia la libertad, y al amanecer de la era moderna, Ignacio alababa la obediencia como la liberadora del espíritu. Desarrolla este

tema brevemente, pero una vez más cuando finalmente termina el ensayo, el lector busca explicaciones ulteriores. Uno se hace la pregunta, por ejemplo, si el énfasis ignaciano sobre la obediencia procede de su firme observancia apostólica - la obediencia es imperativa si tenemos como proyecto una acción fructuosa.

Permitidme aumentar la riqueza de las reflexiones del padre Divarkar haciendo algunas preguntas provocadoras sobre la espiritualidad Ignaciana y jesuita. Me pregunto si no deberíamos diferenciar más la espiritualidad del primer Ignacio, el de los *Ejercicios* del peregrino, tal como se presenta en su *Autobiografía*, y el Ignacio posterior, el Superior General en Roma, tal como se encuentra en sus Cartas y en las *Constituciones*. Aquí hago referencia a un ensayo fascinante de Juan Luis Segundo *Signs of the Times*, "Ignatius Loyola: Trial or Project ?" (N.Y.: Orbis, 1993). Segundo compara dos espiritualidades o teologías. En la primera, la vida se considera una prueba: estamos aquí para evitar el pecado, el infierno y llegar al Paraíso; en la segunda, llegamos al Paraíso anticipando el Reino a través de nuestro proyecto o compromiso en la historia. Segundo dice que el primer modelo es característico de los *Ejercicios* y el segundo de las cartas que Ignacio escribió como Superior General.

Cabe destacar que en los *Ejercicios*, el servicio y el amor hacia el prójimo sólo tienen un espacio pequeño. En el Principio y Fundamento, el fin de la persona humana es servir a Dios y salvarse el alma. Esto se convierte en un criterio clave en todas nuestras elecciones: "la alabanza de Dios nuestro Señor y la salvación de mi ánima" (EE 169). Las necesidades del prójimo, hasta las espirituales, tienen poco énfasis. Segundo afirma que hasta en el ejercicio sobre el Reino el factor decisivo es el modelo de la *prueba* más que el del *proyecto*. La Contemplación para alcanzar amor, mientras se mueve en la dirección de la respuesta de amor, no se extiende a nuestra llamada al amor hacia el prójimo o para hacer crecer la Iglesia o para construir el Reino. Esta es una de las razones por las que muchos jesuitas involucrados en ministerios sociales encuentran limitaciones en los *Ejercicios*.

Cuando Segundo pasa a las Cartas de Ignacio, encuentra una teología mucho más calculadora e inflexible. Uno de los objetivos de esta teología es alcanzar las necesidades - en los hospitales, en los institutos de instrucción, etc. En lo que Segundo llama un "salto teológico" nos movemos de la concentración sobre la salvación de mi alma al servicio y a la salvación del prójimo. Encuentro este cambio en las *Constituciones*: "El fin desta Compañía es no solamente attender a la salvación y perfección de las ánimas", sino que los jesuitas deben "con la mesma intensamente procurar de ayudar a la salvación y perfección de las de los próximos" [3]. Este fin combinado de salvarse el alma y al mismo tiempo ayudar al prójimo se encuentra en muchos pasajes [cf. 307, 351. y 812] y hay otros en los que el énfasis sobre la salvación de nuestra alma no se menciona. El fin de la Compañía se describe como "trabajar únicamente para la salvación del prójimo!" [308, 446 y 813].

*dos espiritualidades:
la de la prueba
y la del proyecto*

Una imagen de las *Constituciones* que es una clave para describir nuestros fines y nuestra misión es la de los trabajadores en la viña del Señor. Nos comprometemos a ir afuera y dar frutos, y en este proceso salvar nuestra alma, pero ¡ya no estamos concentrados sólo en salvar nuestra propia alma! Un ejemplo de este cambio se puede ver al comparar las "Reglas para distribuir limosnas" en los *Ejercicios*. Básicamente no hay ninguna consideración para la situación o las necesidades de aquellos a los que se brinda ayuda, sino que el énfasis está todo en la persona que da lo que es mejor para él o ella, y su eterna salvación. Si pasamos a los criterios para la misión en las *Constituciones*, Ignacio nos hace mirar hacia el exterior, más allá de uno mismo a las necesidades del prójimo, principalmente las espirituales pero también las materiales.

¿Es este un cambio de una espiritualidad que se puede aplicar a todos (tal como se encuentra en los *Ejercicios*) a una espiritualidad que es para los apóstoles jesuitas (tal como es en las *Constituciones*)? O, ¿deberíamos mirar los *Ejercicios* como la primera etapa en la vida cristiana de todos (probar la espiritualidad), que podría convertirse después en una visión más apostólica (espiritualidad del proyecto)? ¿O se trata más bien de un cambio y de un desarrollo en la espiritualidad de S. Ignacio a partir de su compromiso espiritual y a partir de sus años como administrador en Roma?

¡Ay! He señalado que el Padre Divarkar nos provoca y nos hace sentir la necesidad de una mayor explicación e investigación. Temo haber hecho lo mismo en esta breve disertación sobre las teologías y las espiritualidades de los *Ejercicios* y de la *Constituciones*. Pero quizás ésta es simplemente la mejor manera de pagar un tributo al ensayo del padre Divarkar.

*Peter Schineller, S.J.
Lagos, Nigeria*

Descubrimos lo que Dios quiere para nosotros entrando profundamente en nuestra propia voluntad

El padre Divarkar resume la espiritualidad de los jesuitas como libertad de espíritu en obediencia leal. Pienso que éste es el corazón de la experiencia de los *Ejercicios* que me propongo presentar haciendo mención de dos de las Anotaciones al comienzo del pequeño libro de Ignacio.

En la primera Anotación, Ignacio describe el proceso de los *Ejercicios* como "todo modo de preparar y disponer el ánimo, para quitar de sí todas las affecciones desordenadas, y después de quitadas para buscar y hallar la voluntad divina...". Queda claro que los *Ejercicios* son un proceso de liberación para ser libres para encontrar la voluntad de Dios y cumplirla. Este proceso culmina en una elección que es un acto libre de comprometerse con (obedecer) lo que hemos descubierto que es la voluntad de Dios.

Ahora bien, la voluntad de Dios no está separada de nuestra propia voluntad. De hecho, descubrimos lo que Dios quiere para nosotros entrando profundamente en nuestra propia voluntad, lo que en verdad queremos y deseamos. Para entrar en contacto con nuestros verdaderos deseos se requiere el discernimiento, pues tenemos muchos deseos que no vienen de Dios. Los deseos que vienen de Dios revelan nuestra verdadera identidad como hijos de Dios en libertad, permitiéndonos trascendernos a nosotros mismos, para servir en el amor. Aquí la voluntad de Dios se manifiesta en nuestro ser interior: “Ese mismo Espíritu le asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios” (Rm, 8,16)

En la Anotación 15, Ignacio dice que “en los tales ejercicios espirituales más conveniente y mucho mejor es, buscando la divina voluntad, que el mismo Creador y Señor se comunique a la su ánima devota abrazándola en su amor y alabanza y disponiéndola por la vía que mejor podrá servirle adelante.” En esta descripción de los Ejercicios, no se trata de un mero proceso ascético que consiste en quitar de sí todas las afecciones desordenadas, es decir, un proceso de liberación, sino de una experiencia mística de dejarse abrazar por el amor de Dios. Esta experiencia del amor de Dios nos da la libertad para “en todo amar y servir” o lo que es lo mismo, para abrazar totalmente la voluntad de Dios.

Sabemos que para Ignacio el verdadero discernimiento de la voluntad de Dios es un proceso de búsqueda muy personal y que a la vez toma en cuenta a la comunidad eclesial y, en particular, las misiones que el Romano Pontífice nos ha confiado. El objetivo de este punto de orientación es “por no errar en el camino del Señor” (Const. 605).

*se requiere el discernimiento,
pues tenemos muchos
deseos que no vienen de
Dios*

*L. Orlando Torres, S.J.
San Juan, Puerto Rico*

La paradoja en el centro de la espiritualidad ignaciana

Hay algunos autores que se deleitan en callar todas las preguntas posibles dando perentorias, definitivas y completas respuestas a sus lectores. No dejan ningún espacio para preguntas o pensamientos ulteriores. Otros, escribiendo sobre el mismo tema, saben cómo abrir ventanas, para fomentar investigaciones ulteriores porque ellos responden a las preguntas con preguntas aún más incisivas que ayudan a la comprensión de cada uno para descubrir tierras desconocidas y abrir nuevos horizontes. El ensayo del padre Divarkar, "Lealtad ignaciana, obediencia jesuita", se encuentra en la segunda categoría.

1. La primera serie de reflexiones sobre las que el padre Divarkar llama nuestra atención están centradas en la distinción entre "espiritualidad" y "espiritualidades". Si queremos entender algo de la espiritualidad cristiana o paulina o jesuita, tendremos que llegar un día a un entendimiento mutuo sobre lo que significa "espiritualidad". ¡Estamos afligidos por una multitud de preguntas! Por ejemplo, ¿es legítimo identificar la "espiritualidad" con la simple "interioridad" así como muchos de los que apoyan New Age hacen? Esta "espiritualidad" que no tiene referencia con la trascendencia ¿tiene verdaderamente sentido? ¿Podemos hablar de una "espiritualidad" oriental o hindú o budista? ¿Qué significan las expresiones "espiritualidad del trabajo" y la "espiritualidad del ocio"? Oímos mucho sobre "la teología de la liberación"; pero ¿no es posible hablar también de "una espiritualidad de la liberación" (así como hace Van Breemen)?

La espiritualidad es una manera de vivir más que una teoría sobre el modo de pensar. En sus términos más amplios, la espiritualidad señala el modo con el que ejercemos nuestra relación con Dios. En el contexto cristiano, se refiere a "vivir según el Espíritu" como se propone en la epístola a los Gálatas: "Si vivimos según el Espíritu, obremos también según el Espíritu" (Gal, 5,25). ¿O deberíamos decir que hay una "espiritualidad cristiana básica" subyacente que necesita estar continuamente reajustada para que sea relevante en los diversos tiempos en la historia -como sería la espiritualidad benedictina del siglo sexto, la espiritualidad dominica y franciscana del siglo trece y la espiritualidad ignaciana del siglo dieciséis? A pesar de que podría parecer que el padre Divarkar quiere eliminar la distinción entre la espiritualidad ignaciana y la espiritualidad jesuita que están estrictamente ligadas entre sí, reconoce que la primera se basa en los *Ejercicios Espirituales* de S. Ignacio de Loyola y la segunda se identifica con la espiritualidad de un grupo apostólico tal y como se expresa en las *Constituciones* de la Compañía de Jesús. Mi opinión es que esa distinción es de importancia primaria especialmente para los que apoyan la espiritualidad ignaciana no siendo jesuitas. No conviene ignorarlo.

2. El padre Divarkar no sigue esta distinción. Al contrario, nos invita a considerar la diferencia entre la espiritualidad cristiana y la ignaciana. Ignacio, es verdad, es un "primitivo" desde un punto de vista espiri-

Ignacio y Pablo Llegan al mismo punto a nivel de su experiencia

tual. Fundó sus *Ejercicios Espirituales* en su experiencia personal de encuentro con Dios, y no básicamente sobre libros espirituales o herencia cultural. ¿Quizás este hecho únicamente significa que ha adoptado una antropología paulina con su división de la persona humana entre espíritu, alma y cuerpo? Si fuera así, ¿ha sido Ignacio capaz de evitar el dualismo aristotélico del alma y del cuerpo? Con este escenario problemático, el padre Divarkar presenta una nueva serie de reflexiones, otra área de investigación. Hay algunos elementos que nos llevarían a creer que Ignacio y Pablo llegan al mismo punto a nivel de su experiencia. Los intensos periodos de interiorización le permitieron descubrir, en su "discernimiento de los espíritus", su dimensión personal específica, su ser interior por estar expuesto a la acción del Espíritu. Sin embargo, ¿hasta qué punto la visión arquitectónica en el Cardener y la posterior experiencia cristocéntrica de La Storta componen la grande síntesis paulina? Sería una adulación para Ignacio responder afirmativamente a esta última pregunta así como suponer que "los descubrimientos de la psicología moderna sobre el desarrollo humano corresponden a la enseñanza de Pablo tal como la transmitió Ignacio". Tal afirmación es de gran trascendencia y exige ser explícitos y verificar. Interesantes brechas se abren para una ulterior investigación.

3. Según el Cardenal Newman, cuando algo aparece a primera vista contradictorio o paradójico, es una indicación de que estamos encarando una realidad profunda que debe acogerse con gran atención. Los comentarios del padre Divarkar sobre la lealtad y la obediencia de Ignacio como piedras fundamentales de la libertad brindan una invitación estimulante para continuar nuestra reflexión. En su artículo "Nuestro modo de proceder. La espiritualidad ignaciana joven y varonil de los Jesuitas" (*CIS, Revista de Espiritualidad Ignaciana*, XXVIII, n° 84 (1977), pp. 65-723), Andrew Hamilton se asombra al constatar que el documento final de la 34ª Congregación General de la Compañía de Jesús no hace "insistencia alguna sobre la obediencia, ni se refiere en modo alguno a la fidelidad al Papa", dejando entender que una cierta práctica de obediencia y fidelidad hacia la Iglesia y el Papa ¿constituyen un freno y un límite a la libertad y a la disponibilidad, o son más bien un carácter extrovertido e intrapendente del ideal jesuita?

Indudablemente, el artículo escrito por el padre Divarkar es una reacción contra estas propuestas. Quiere dejar sentado que la fidelidad y la obediencia son el centro de la espiritualidad Ignaciana y de modo paradójico son la fuente de la libertad y del fervor

*la fidelidad y la obediencia
son el centro de la
espiritualidad Ignaciana*

apostólico. Ignacio encontró a Dios en Loyola y en Manresa y construyó toda su vida sobre la gracia de aquel encuentro. A pesar de su difícil aprendizaje del discernimiento, él se puso apasionadamente armonizado a la escucha de su Señor. Y esta *audición*, este estar atentamente a la escucha, es para Ignacio la *obediencia* fundamental que se requiere para estar desatados y ser universales, para estar unidos con la Iglesia y concretamente dar substancia al cuarto voto jesuita. El padre Divarkar manifiesta justamente que

una obediencia que centre a una persona en el Absoluto permite llevar a cabo una relativización radical de todo lo demás, conduciendo así a la verdadera libertad. Es este centrarse en Dios que puede llevar a este abandono que se llama libertad. "Pues él se abraza a mi, yo he de librarle" (Sal 91:14). De modo paradójico, una relación con Dios, lejos de llegar a ser dependencia o alienación, se convierte, según Ignacio, en una fuente de liberación, de "indiferencia". Dios nos crea libres y creativos. Esta es la enseñanza básica del Evangelio y del corpus paulino. Los *Ejercicios* de Ignacio pertenecen a esta perspectiva. La pregunta que podría surgir es la siguiente: ¿se practica verdaderamente esta libertad en el ejercicio concreto de la obediencia dentro de la Compañía de Jesús?. La espiritualidad jesuita ¿quedó fiel en esta materia a la espiritualidad de Ignacio? ¿La obediencia personal se degrada necesariamente cuando se vive comunitariamente en un grupo apostólico? Algunos piensan que los jesuitas perdieron rápidamente el misticismo de Ignacio después de su muerte y con motivo de la expansión de la Compañía y de su institucionalización - debido indudablemente a la corriente racionalista del tiempo. Entonces, ¿hasta qué punto es verdad que el ideal de una docilidad ciega, alimentada por el autoritarismo de los superiores, reemplazó el gobierno espiritual fundado en el discernimiento? La historia nos lo podrá decir. Una cosa es segura y es que una obediencia fundada en la constrictión y una observancia legalista están completamente en contraste con la experiencia y el pensamiento de Pablo e Ignacio. Entre la delincuencia espiritual de un joven macho y el piadoso egotismo de un buen anciano religioso ¿existe acaso lugar para aquella libertad fiel que los Ejercicios ignacianos son capaces de hacer nacer, con la complicidad del Espíritu, en un corazón generoso? Como Voltaire podría bien decir: "Hay mucho de que reflexionar!"

*Jean-Guy Saint-Arnaud, S.J.
Quebec, Canadá*